

Enrique Gómez Medina



# EL MONSTRUO DE HELIGAN

—Descanse en paz —pronunció el reverendo, y sus palabras cayeron como una losa sobre todos los presentes, mayores y jóvenes, que habían acudido al entierro saltándose las clases de la mañana.

La otra losa, la que se encontraba a la cabecera del enorme agujero del suelo, tenía grabadas las siguientes palabras: “Gregory Middleton, 2006-2020”. Catorce años. Los mismos que tenían Grace y la mayoría de sus compañeros de instituto, allí reunidos. Se escuchó algún gemido, incluso llantos descontrolados, cuando los hombres empezaron a echar tierra a grandes paladas. El padre de Grace le apretó el hombro, indicándole que era hora de partir.

Los coches estaban aparcados a unas decenas de metros. Mientras caminaban hacia allá, Grace se separó un poco de su familia. Tenía que despedirse. Sus amigas, Cat y Jo, la aguardaban,

también a una distancia prudente de sus padres. Estos habían decidido dejarles un último momento de intimidad.

—Te vamos a echar de menos, Graz —dijo Cat entre sollozos, abrazándola muy fuerte en cuanto la tuvo al alcance. Siempre había sido la más expresiva del grupo.

Hasta la imperturbable Jo le dio la mano, taciturna. Sus ojos estaban húmedos.

—Mis padres también hablan de mudarse —continuó Cat—. Tienen miedo de que haya más casos.

Era la segunda muerte desde la primavera. Primero fue Fred Perkins, un chico de cuarto. Apareció en el bosque, descuartizado. Tuvieron que reunir sus pedazos con perros policía para poder enterrarlo. Y ahora Greg, un chico de su propia clase, compañero de las tres y enamorado de Grace desde Infantil. Su cadáver estaba tan desfigurado que necesitaron pruebas de ADN para asegurarse de que era él.

¿Qué bestia estaba haciendo aquello? Algunos decían que eran lobos salvajes, pero el ayudante del forense dejó escapar que las huellas de las

fauces no correspondían ni de lejos a las de un lobo. Más bien eran del tamaño de las de un cocodrilo. Y de los grandes.

Pero no había cocodrilos en Heligan. Los únicos que había por allí estaban bien guardaditos en el zoo. Lo que no faltaba eran leyendas. Quizá los diarios tenían razón, y era un monstruo lo que rondaba por los alrededores: “el monstruo de Heligan”, habían comenzado a llamarlo.

Todo el mundo conjeturaba sobre ello. Todos, menos los padres de Grace; estos habían decidido dejar de murmurar y pasar a la acción. Se largaban de allí. Habían alquilado una casita cerca de Godrevy, en la costa. En principio, para pasar el verano, pero, muy probablemente, para siempre. El padre de Grace era pintor, y su madre vendía artículos por internet, podían trabajar donde quisieran. Y aquellas muertes eran demasiado para ellos. No iban a quedarse a esperar a que la policía aclarase el caso.

—¿Volverás?

Grace sentía un nudo muy fuerte en la garganta. No era de las que hacían amigos fácilmente, y Cat y Jo eran como su familia. Más que su familia.

—Volveré. Algún día.

Aceptó agradecida su abrazo, y así, entrelazadas, permanecieron las tres hasta que escucharon las voces de sus padres diciendo que era hora de marcharse.

Grace recorrió a solas los últimos metros hasta el coche y abrió la puerta trasera mientras sus padres se acomodaban delante pero, antes de subir, buscó a alguien con la mirada. Y esperaba con todo su corazón que ese alguien también la estuviera buscando a ella.

Sí, allí estaba.

Alan.

Sus ojos oscuros, casi negros, se clavaron en los suyos. Estaban muy serios. ¿Qué querían decir? “Adiós”... “Nunca te olvidaré”... “Has sido mi primer amor y te llevaré en mi corazón toda mi vida”... “Te buscaré”... O quizá solo “Traidora, me abandonas aquí”.

Lo cierto es que nunca habían llegado a declararse su amor, tan solo habían cruzado miradas como aquella cada vez que la ocasión lo permitía. Y una vez Alan le había escrito una especie de poesía en la que decía que veía en

sueños los ojos de Grace, “de un azul tan profundo que parece violeta”. Y su cabello negro y brillante. Y su piel blanca como la porcelana...

Aquello había bastado para que Alan pasara a ocupar el primer lugar en sus pensamientos y se convirtiera en la razón más poderosa para acudir al instituto todos los días.

Sí, debía ser amor. Y dolía. Cuando el coche se fue alejando y los ojos de Alan desaparecieron tras una curva, lo supo de verdad.

Godrevy era un lugar muy bello. Justo lo que su padre necesitaba para inspirar sus cuadros. Su nueva casa estaba encaramada en lo alto de un acantilado coronado por un mullido y fresco manto verde. Desde su habitación se veía el viejo faro en medio del mar y se escuchaba el continuo rumor de las olas al romper y, si abría la ventana, el viento le traía olor a sal y cantos de gaviotas.

Una escalera tallada en las rocas permitía descender hasta la playa, y allí Grace pasaba la mayor parte de sus horas. Le gustaba pasear por la arena, sobre todo al atardecer, cuando los últimos

turistas se habían marchado. Solía recorrerla de una punta a otra, y trepar entre las rocas hasta la pequeña cueva que se escondía al final y cuya entrada a veces tapaba la marea. Cuando no era así, se adentraba en ella y la recorría a tientas hasta que sus pies notaban arena seca. Allí se sentaba y se quedaba a solas con sus pensamientos. Casi perdía la conciencia del tiempo. Cuando oscurecía y se levantaba para volver a casa, muchas veces miraba a sus pies y allí se encontraba escrita una sola palabra: “Alan”. Entonces recordaba que había estado imaginando historias: él iba a buscarla, recorría la playa siguiendo sus huellas hasta encontrarla en aquella cueva, que desde entonces se convertía en el escondite secreto de los dos.

Sin embargo, pasaron las semanas y nada de aquello ocurrió. Siguió recibiendo noticias de Cat y Jo a través de su grupo de WhatsApp, “Las tres Masqueperras”, y su amistad pareció hacerse más fuerte en la distancia. El monstruo no había vuelto a aparecer, por lo que las historias de sus amigas pronto se centraron en el nuevo curso que estaba por llegar, quiénes serían sus nuevos compañeros y profesores.

—Como nos toque *Miss Troll*... —dijo Cat.

—Con la manía que te tiene desde que le diste aquel pelotazo —comentó Jo.

—Qué culpa tuve yo. Pero me puso la cruz. Desde entonces no me ha vuelto a saludar, y cada vez que se cruza conmigo, frunce el ceño y parece que echa rayos por los ojos. Imagínate tenerla en clase todo el año.

—Lo más seguro es que os toque Mr. Jameson —dijo Grace para animarla—. Es el que dio esa asignatura el año pasado.

—Dios te oiga. ¿Y tú, Grace? ¿Cómo se presenta el curso?

—Mis padres ni siquiera me han apuntado al instituto. Daré las clases en casa.

—¡Qué suerte! Ir a clase en pijama —dijo Jo.

Grace no estaba tan segura. Por un lado, resultaba más cómodo y mucho más tranquilizador. Y, además, le daba esperanzas de que sus padres tenían intención de volver a Heligan. Por otro, prometía ser mortalmente aburrido.

—Pero, entonces... —dijo Cat— ¿Qué pasa con los chicos? ¿Cómo vas a conocerlos?

*—Casi mejor que no los conozca —intervino Jo—. Fíjate lo que les pasó a los dos últimos que se interesaron por ella.*

Silencio. Grace estaba segura de que Cat estaba echando la bronca a Jo en privado. Pero era cierto; tanto Fred, el chico de cuarto que apareció muerto en el bosque, como el pobre Greg le habían pedido salir. Era una especie de gafe. ¿Quizá por eso...?

*—Alan me ha preguntado por ti —intervino Jo de nuevo, como leyéndole el pensamiento. A Grace le dio un vuelco el corazón, pero intentó mantener la compostura.*

*—¿Sí? ¿Qué te ha dicho, exactamente?*

*“Que te echaba de menos, que no podía dejar de visitarte en sueños, que su vida había perdido todo el sentido desde que tú no estabas...”.*

*—Que si sabía cómo te iba.*

*—¿Es idiota? —intervino Cat— Tiene tu WhatsApp, que te lo pregunte él directamente.*

Grace se ofendió un poco por la forma en que trataban a Alan, pero decidió sacar provecho de la situación.

*—Sí, puedes decirle que no me importa que me escriba. Así no me aburriré tanto. Sí, díselo, por favor.*

Pero los días transcurrieron y siguió sin tener noticias de él. Grace daba largos paseos y envidiaba a los niños que se divertían buscando cangrejos entre las rocas; ella ya no era capaz de divertirse con algo tan sencillo. Caminaba hasta su cueva y se quedaba allí, pensando. Hasta que un día, cuando ya había anochecido y se disponía a marcharse, escuchó unos pasos. Al principio se asustó. Uno no había vivido en Heligan y dejaba de sobresaltarse así como así. Se apretujó todo lo que pudo contra la pared, entre las sombras.

—¿Hola? —escuchó una voz. Era un chico.

—¿Sí? —respondió ella, sin salir de su escondite.

—Soy el socorrista. ¿Sabes que esta cueva se inunda con la marea?

Grace salió de entre las sombras, un poco avergonzada.

—Sí, lo sé. Pero no se inunda del todo, a esta zona nunca llega el agua. Además, todos los días miro las horas de las mareas.

El chico, un joven que no tendría más de dieciocho, con el pelo rubio recogido en una coleta y la piel muy bronceada, sonrió.

—Veo que estás preparada —dijo.

—Sí, suelo venir aquí.

—¿No estás mejor al aire libre? El verano pronto terminará, aprovecha ahora que puedes.

“Con un poco de suerte, en invierno no estaré aquí”, pensó Grace.

—Quizá tengas razón.

El chico aguardó a que Grace le alcanzara y salieron juntos de la cueva.

—¡Qué ojos más bonitos! —dijo cuando los vio a la luz, provocando el sonrojo de Grace— Me llamo Ted, ¿eres de por aquí?

—Yo Grace. Soy de Heligan, pero estoy viviendo en esa casa del acantilado.

Grace esperó que hiciera algún comentario sobre Heligan y su monstruo, pero Ted solo miró hacia donde Grace le señalaba y asintió.

—Muy bonita. Supongo que entonces te veré a menudo.

—Supongo —contestó Grace, y de repente aquel lugar no le pareció tan oscuro.

En los días que siguieron se las arreglaron para coincidir en algún momento del día y charlar un rato de cualquier cosa, desde el tiempo hasta los barcos de pesca que atravesaban el estrecho o los surfistas que no paraban de dar trabajo a Ted. Y, si no se habían visto, siempre sabía dónde encontrar a Grace al final de la tarde, en la cueva del acantilado.

Uno de estos días, que había resultado más atareado que de costumbre porque se les había averiado la lancha de salvamento, Ted terminó de recoger el equipo y se despidió de sus compañeros cuando el sol ya se había ocultado.

—Hasta mañana, yo voy a dar un último paseo — les dijo.

Caminó por la playa, ya solitaria, hasta su extremo más alejado. Allí descubrió unas huellas en la arena y supo, por alguna razón, que eran las de Grace. Eran pequeñas, de pasos cortos pero decididos. Sus pies tenían una graciosa forma de bebé, regordetes y con sus cinco deditos redondos perfectamente marcados. Siguiéndolas, rodeó un saliente de rocas, desde el que se veía la entrada a

la cueva. Sin saber por qué, se le aceleró el corazón.

En algunos trechos, donde Grace había trepado por las rocas, las huellas desaparecían, para volver a aparecer un poco más adelante. En una de estas ocasiones, cuando ya estaba muy cerca de la cueva, Ted observó que la huella del pie derecho había cambiado: el dedo gordo dejaba un profundo surco en la arena. ¿Se había hecho daño Grace en las rocas y lo iba arrastrando? Más adelante aparecieron más surcos en el resto de los dedos. De repente se preocupó.

Se adentró en la cueva, ya oscura a aquellas horas.

—¿Grace?

Nadie contestó. Su entrenamiento de socorrista le hizo preocuparse más aún. Quizá se había roto algo y había perdido el conocimiento. Llamó más alto, mientras se adentraba hasta el fondo de la cueva.

—¿Grace? ¿Estás ahí?

Ted afiló la vista, intentando escudriñar la oscuridad. Allí, agazapada entre las rocas del fondo, le pareció distinguir una figura. Pero en

lugar de una respuesta, solo escuchó un sonido sibilante y el removerse de algo. Algo grande.

—¿G... Grace?

Intentó gritar de nuevo, pero las palabras se le congelaron en la garganta. Una gran sombra se elevó ante él y le llegó un olor muy fuerte, a podredumbre. A muerte. Lo último que vio fueron unas enormes fauces que se abrían y unos ojos que refulgían en la oscuridad. Unos ojos de un inconfundible color violeta.

Grace buscó a tientas el inicio de los empinados escalones en la roca que conducían hasta su casa. Entonces sintió el sabor metálico en su boca y el tacto de algo pegajoso en sus brazos y debajo de sus uñas, y decidió que sería mejor darse un baño en el mar antes de subir.

Allí, en un pequeño remanso que se formaba entre las rocas, se sumergió entera. Tomó puñados de arena y frotó con fuerza. Los brazos, el torso, la cara. Se arañaba la piel hasta hacerse daño y, bien fuera por eso o por el torbellino de pensamientos

que inundaba su cabeza, las lágrimas acudieron a sus ojos.

Pobre Ted, era un chico simpático; no había tenido culpa de nada. ¡Pero ella tampoco! ¿Y qué dirían los padres de Grace? Habían intentado que esto no volviera a suceder, pero se estaba volviendo incontrolable. ¿Qué sería de ella? Sus sollozos se hicieron más fuertes. Allí, a solas y arropada por el rumor de las olas, se permitió llorar en voz alta.

Salió del agua arrastrando los pies. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad y no tuvo dificultad en hallar el camino hacia su casa. Mientras trepaba por las rocas y su cuerpo y sus lágrimas se iban secando, un último pensamiento acudió a su mente.

Al menos tenía algo que agradecer: Alan, su Alan, estaba a salvo. Lejos de ella.

**FIN**